

SALUDO EN EL DÍA DE LA MADRE

A TODAS LAS MADRES SANTAS Y BUENAS, EN EL DÍA UNIVERSAL DE LA MADRE, DEDICO ESTE POEMA DE CÉSAR VALLEJO, DE HONDO SENTIDO HUMANO Y MATERNAL.

Consuelo Lezcano Ruiz

INTERPRETACIÓN DEL POEMA LXV

(Madre, me voy mañana a Santiago) de César Vallejo

De los inmortales poemas vallejianos, el poema LXV es el que con mayor tensión nos remite al centro de la fórmula de amor de César Vallejo.

*Madre, me voy mañana a Santiago,
a mojarme en tu bendición y en tu llanto.
Acomodando estoy mis desengaños y el rosado
de llaga de mis falsos trajines.*

Es un Yo que habla en el poema, habla a su madre ausente, inmortal, a quien le da una serie de significados.

En los primeros versos no se manifiesta mucha desautomatización, son versos que se refieren más a lo cotidiano. Con una especie de vocativo de tono familiar: *Madre, me voy a Santiago* (el único verso del poema expresado con lenguaje coloquial) el Yo lírico plantea el retorno a Santiago, como una especie de peregrinación cristiana, con el fin de ser bendecido por la madre. Para eso trata de acondicionar sus desengaños para aligerar el peso de sus falsos trajines, afanes o sufrimientos.

Acomodando estoy mis desengaños, ya es complejo en su simbología; acomodando mi sufrimientos es ya lo sorprendente. Es un proceso que va de lo cotidiano a lo no cotidiano. Hay rarificación de conceptos.

Falsos trajines, Las palabras se cargan de otros significados. El hijo ausente alista su retorno cuidando de no transparentar su sufrimiento y los reveses adquiridos en la lejanía del hogar, para que el amor de la madre sea más pleno u hondo.

*Me esperará tu arco de asombro,
las tonsuradas columnas de tus ansias*

*que se acaban la vida. Me esperará el patio,
el corredor de abajo con sus tondos y repulgos
de fiesta. Me esperará mi sillón ayo,
aquel buen quijarudo trasto de dinástico
cuero, que pára no más rezongando a las nalgas
tataranietas, de correa a correhuela.*

La madre se sorprenderá con la llegada del hijo, con una ceremonia (*tonsuradas*)

donde las ansias se vuelven columnas y la alegría es plena para la madre, quien por la ausencia del hijo ha consumido su vida con tristeza, y recibirá a su vástago en el patio y en el corredor, espacios donde antaño este recreó su infancia con alegría y remilgos (repulgos) o escrúpulos.

También al hijo lo esperará un sillón ayo, protector, donde antes se sentó con confianza y se sentaron, a su vez, niños anteriores a él: sillón dinástico, de tiempo, que ya está viejo y que por eso pára no más rezongando: refunfuñando porque ya está cansado, ha servido como reposo de la dinastía, a las nalgas tataranietas. Al hijo lo esperará su niñez con una sutil queja: *¿no oyes jadear la sonda? ¿ no oyes tascar dianas?*, el Yo lírico anhela disponer los sobreentendidos avisos de su retorno, para que este sea menos dramático.

Resulta difícil retirar los obstáculos y residuos (*¿no oyes jadear la sonda?*) de las experiencias vividas por el Yo lírico en la lejanía del lugar; avisa (*¿no oyes tascar las dianas?*) o anhela disponer de los sobreentendidos avisos de su retorno para que este sea menos dramático.

*Estoy cribando mis cariños más puros.
Estoy ejeando ¿no oyes jadear la sonda?
¿no oyes tascar dianas?
estoy plasmando tu fórmula de amor
para todos los huecos de este suelo.
Oh si se dispusieran los tácitos volantes
para todas las cintas más distantes,
para todas las citas más distintas.*

Estoy cribando mis cariños más puros: cargado de subjetivación el Yo poético escoge lo mejor de sus cariños; con ello revela lo difícil que es el retorno al

hogar materno. Por eso se halla modelando (*plasmando*), arreglando su regreso con la aplicación del modelo de amor de la madre (*estoy plasmando tu fórmula de amor*), que puede obviar, subsanar o sortear las dificultades terrenas. Es el amor del que siempre habla Vallejo: el amor de madre, consecuente; el amor que resulta de una fórmula o receta que solo tiene la madre, para que el Yo poético lo incorpore como condimento.

suelo: universalización a partir de una individualización: los huecos de este suelo, para todos los sufrimientos sirve como bálsamo el amor de la madre.

Si el amor fuera para todos, sería bueno (*tácitos*) que este aviso se cumpla: volantes.

Así muerta, inmortal. Así.

*Bajo los dobles arcos de tu sangre, por donde
hay que pasar tan de puntillas que hasta mi padre
para ir por allí,
humildóse hasta menos de la mitad del hombre,
hasta ser el primer pequeño que tuviste.*

Con todo (*Así*), a pesar de estar muerta, la madre es inmortal por su amor. Es un amor inmenso, al punto que hasta el padre se inclinó, se somete con humildad, a tal extremo que deja de ser el esposo, y es un niño más, el primer hijo de la madre esposa. El amor del padre no es igual que el de la madre.

Es un elogio de cariño, el canto, la celebración y tributo al amor maternal, que anula cualquier afectación o circunstancia perturbadora.

Así, muerta inmortal.

*Entre la columnata de tus huesos
que no puede caer ni a lloros,
y a cuyo lado ni el Destino pudo entrometer
ni un solo dedo suyo.*

El amor de la madre sigue vigente, indestructible, bien sustentado (*columnatas*), fuerte, al punto de que ni el Destino puede destruirlo o afectarlo.

Así, muerta inmortal.

Así.

De este modo permanecerá el amor de la madre, eterno, revivido, venciendo a la muerte, que solo es un modo de ser en el mundo.

Este poema, incluido en Trilce, es un canto supremo a la madre y señala una de las calas constantes de la obra vallejana: el amor.

Cajamarca, 13 de mayo de 2017